

Texturas, vol. 34, 2017, pp. 119-124.

Los amigos y enemigos del libro en La España Moderna.

Maggio Ramírez, Matías.

Cita:

Maggio Ramírez, Matías (2017). *Los amigos y enemigos del libro en La España Moderna*. *Texturas*, 34, 119-124.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/maggioramirez/16>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/puCb/vXW>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Matías Maggio Ramírez
Universidad Nacional de Tres de Febrero
Argentina.

Después de leer *Los enemigos del libro. Contra la bibliocalastía, la ignorancia y otras bibliopatías* de William Blades, editado por Javier Fórcola en su sello bajo la colección Periplos, recordé que los tópicos que allí se trataban tuvieron su correlato en Francia, en las plumas de Octave Uzanne y de Henri Bailliére. Una búsqueda rápida en la web me presentó las mismas preocupaciones de los eruditos franceses e ingleses en la prosa del Conde de las Navas en la revista *La España Moderna*. La publicación fue fundada en 1889 y sostenida por el mecenas José Lázaro Galdeano, con el asesoramiento de Emilia Pardo Bazán. Entre los temas que se abordaron estuvieron presentes varios asuntos de interés para la agenda de la cultura impresa como la tensión a finales del siglo XIX del periódico, la revista y el libro, el comienzo de los estudios sobre bibliografía, las bibliotecas públicas, el libro japonés, el comercio del libro en Alemania, los *ex-libris* así como la biblioteca para ciegos, entre otros temas. La revista con furor moderno intentaba emular a la francesa *Revue des Deux Mondes*.¹ Lamentablemente no sobrepasó los quinientos suscriptores entre América y España en sus veinticinco años pero publicó un artículo sobre los amigos y enemigos del libro que se encontraba en sintonía con el rescate realizado por Fórcola.

Baldes, al igual que William Morris, cuestionó el papel de baja calidad para abaratar los costos de impresión de los nuevos productos editoriales para los recién llegados a la lectura a finales del siglo XIX y principios del siguiente. Las decisiones editoriales fueron apetecibles para las polillas y los encuadernadores que guillotinaron sin pudor márgenes así como para los bibliómanos y coleccionistas que extirparon del cuerpo del libro los grabados para ilustrar sus salones. La lista de enemigos de códice incluyó a los niños y las criadas.² Algunos de estos tópicos aparecieron en noviembre de 1904 en la revista *La España Moderna* bajo la pluma de Juan Gualberto López-Valdemoro y de Quesada, Conde de las Navas, Bibliotecario Mayor de S. M. En el artículo “Amigos y enemigos del libro” el Conde comparó a las polillas que carcomen el papel o la vitela con aquellos bibliómanos que se preocupan por la materialidad y rareza del libro sin percatarse de su contenido. Pocos eran a principios del siglo XX aquellos que amaban al libro “en alma y cuerpo, por lo que se dice, por su rareza en el mercado y por la buena ropa con que aparece vestido”.

1 Se destacan los estudios de Raquel Asún Escartín, 1981. «La editorial “La España Moderna”», *Archivum: Revista de la Facultad de Filología*, N° 31-32, pp. 133-200, así como la lectura del mismo que realizó de forma somera María Cruz Seoane, 1983, *Historia del periodismo en España. El Siglo XIX*, Madrid, Alianza, p. 312. El contexto sobre el mundo de la cultura impresa de finales del siglo XIX y principios del XIX en España se encuentran analizados en Víctor Infantes, François Lopez y Jean-François Botrel (dir.), 2003, *Historia de la edición y de la lectura en España, 1472-1914*. Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez.

2 En la literatura este tema apareció en *Auto de fe* de Elias Canetti donde el sinólogo Peter Kien le propuso casamiento a su criada por el ahínco con que limpiaba su biblioteca.

La vestimenta del libro era una tarea netamente femenina para el bibliotecario real en una conferencia que dictó en la Academia de Jurisprudencia por la Unión de Damas españolas sobre “Relaciones entre la mujer y el libro”, que fue glosada en parte el 10 de abril de 1916 en *La Época*. Allí no sólo censuró a los bibliófilos que al hablar de los enemigos del libro citen entre ellos a la mujer y aconsejó a las mujeres que se dediquen al “arte de vestir los libros, ya que encuadernarlos es vestirlos, y contó que S. M. la Reina D.^a Victoria se dedicó a este arte, siendo alguna vez apartada a un rincón de la sala, porque a su madre no le gustaba el olor del engrudo quemado”. Las mujeres podrían embellecer el libro pero también advirtió unos años antes en *La España Moderna* que la encuadernación “figura en primer término entre [los] más encarnizados enemigos” del libro. Principalmente los acusaba de bajar sin piedad “la truculenta cuchilla” con la que “estropearon millares de magníficas obras de la antigüedad, metiéndose en la caja del texto y mutilando toda suerte de ilustraciones gráficas”. Los encuadernadores, según el Conde, conspiraban contra la lectura al evitar que los libros se puedan abrir con facilidad, se puedan sostener en una mano y por duplicar con su trabajo el precio de obras baratas así como por el uso exagerado “de engrudos farináceos, apetitosa golosina a las polillas”. Fernando de Araujo, en abril de 1904, reseñó en la *España Moderna* un artículo de la *Revista de Bibliotecas y Archivos* de Florencia donde Carlos Biagi recogía las investigaciones de Constantino Hulbert sobre las 67 especies de insectos que pueden perjudicar los libros siendo los principales enemigos los coleópteros. Sus larvas xilófagas hacen estragos en las librerías y en los volúmenes abren galerías que se reproducen sin cesar. El cuero de las encuadernaciones es el alimento predilecto de los *ptinidos* y para “destruirlos basta encerrar el libro en un cajón donde haya un poco de algodón empapado en bencina” por unos días. La baratura del papel, en favor del auge lector a principios del siglo XX, se logró porque se realizaba con pulpa de madera que además de su poca duración era la tentación culinaria de los insectos lignívoros. Se aconsejaba a los fabricantes de la pasta celulosa que la mezclaran con sustancias tóxicas para los insectos así como también en la cola de encuadernación.

La democratización de la cultura impresa desplazó al libro como objeto y bien cultural con condiciones materiales de “joya”, según el Conde, para transformarse en “casi un artículo de primera necesidad”. Al papel de baja calidad, delicia de insectos, le sumó “la impresión adocenada, las tintas ordinarias y las encuadernaciones criminales han hecho degenerar la raza, y, desde la cuna, la mayor parte de los libros modernos de poco precio -y también casi todos los lujosos- traen ya sus días muy contados”. En el siglo del automovilismo, escribía de las Navas, el periodismo ofrecía a precio ridículo las principales firmas del campo literario en folletines. La prensa captura el mercado de los lectores porque también los autores le piden amparo para publicar en sus columnas la obra que luego adquiere vida independiente en formato de libro. Tal es el caso del mismo autor que publicó este texto primero en la revista y unos años después lo incluyó en el volumen *De Libros (Menudencias)* en la Biblioteca verde y amarilla.

Entre los enemigos del libro también se encontraban coleccionistas y baratilleros como el parisino Quillet, “quien confesaba orgulloso haber desollado más de 50.000 volúmenes” para vender las encuadernaciones mientras que otro francés, Mr. Deroussent, vendió las cubiertas y las tripas de los libros fueron vendidos a la guarnición de Montreuil para hacer cartuchos. Bibliófilos como el inglés John Bagford que arrancó portadas de obras preciosas era igual de nefasto para los libros como los sastres y modistas que tomaban medidas con un metro formado de tiras de pergaminos arrancados a manuscritos ilustrados. También los zapateros hicieron de las suyas, principalmente a orillas del Sena, donde se “inmoló dos millones o más de volúmenes para aprovechar los pergaminos y badanas de las cubiertas” como contrafuertes para el calzado femenino.

El conde de las Navas realizó una minuciosa enumeración de los enemigos del libro como “los fumadores poco cuidadosos, los que toman rapé, los que herborizan y secan luego flores y hierbas entre las hojas del primer volumen que les viene a las manos, los que no limpian ni los estantes ni los tomos, los que los limpian malamente, los fabricantes de zambombas, los tenderos de comestibles ordinarios, las cocineras y amas de cas poco escrupulosas que buscan pergaminos y papeles para cubrir orzas de manteca y potes de confituras, el agua y la humedad, la grasa, las yemas de los dedos sucios mojados en saliva para volver las hojas, los ratones, las cucarachas, el fuego y la luz del gas [...]” El signo de los tiempos lo marcaba el automóvil donde “¡cualquiera lee de viaje o de paseo en aquellos coches petroleros!”, exclamaba el Conde de las Navas, sin la comodidad de los tranvías eléctricos urbanos.

Al finalizar el artículo propone una bibliografía “sin verdaderas condiciones científicas” que comprendían obras, folletos y artículos sobre los amigos y enemigos del libro. Entre ellas aparecen algunas marcadas con un asterisco que en nota al pie se aclara fueron extractados en francés en el libro *Un Bibliothèque* de Albert Cim. Allí se encontraba condensado *Les livres et leurs ennemis* de William Blades.